

7.





461

¡ANDA LA ORDIÇA!



INTIMIDADES CAUDINAS
Y ARTE DE TOREAR
DEL DIESTRO

BOTINES POR
DESPERDICIO



¡Anda la órdiga!



INTIMIDADES TAURINAS
Y ARTE DE TOREAR DEL
: : : : : DIESTRO : : : : :

- BOTINES -

POR

DESPERDICIOS



BILBAO
LA EDITORIAL VIZCAINA, Henao, 8
1913

Dos palabras

El Director del semanario HELIOS, mi buen amigo Santiago Llopis, me pidió unas viejas cuartillas que escribí hace dos años, cuando cada dos días llovía un libro taurino, con ánimo de hacer un pinito de cronista íntimo y de demostrar que también yo, el último de los revis-teros taurinos, tenía mi idolillo y sabía como andaba de ropa interior. Que a esto, a saber como andan de ropa interior los diestros, van encaminados de ordinario los tales libros de caballería.

Y doy las añejas cuartillas, y la vida íntima de Botines, tan digna de andar en letras de molde como la del más guapo, inunda el mundo. Porque HELIOS se leía una barbaridad.

Pero he aquí que HELIOS se detiene, se oculta para remozarse, y sus lectores se encuentran con la vida del diestro, suspendida en un capítulo emocionante. Y llueven las cartas y granizan las peticiones, y entre amigos y adversarios del diestro me exigen que termine en mi libro lo que quedó colgando en el periódico.

Y yo que honradamente creo que esto es una mamarrachadita, pierdo el rubor unos instantes, cojo las tijeras, corto los capítulos publicados en HELIOS, añado las cuartillas que quedaban por publicar, le pido a Morales esa estupenda, colosal caricatura de la portada, convierto todo en un librito y tengo la osadía de pedir por él tres realitos.

¡Lo que yo he sudado para esto del precio!...

CAPÍTULO I

El hijo del Obleitas.—Montero Ríos y el padre de Botines.—Un dato revelador.—«¡Dejarme zolo!»—Alimentación rudimentaria, pero nutritiva del futuro torero.—A Honorato le desaparece la tripa.

Aquello fué un jubileo.

Hasta la pareja de la guardia civil se presentó en la casa del señor Manuel, el *Obleitas*, por si eran necesarios sus servicios.

Y es que desde Eva a madame *la Pilonque*, no ha habido señora capaz de gritar tanto como la del señor Manuel, cada vez que se veía obligada a aumentar sus títulos de madre con la edición de una *oblea* más.

Y eso que entonces completaba la biblioteca con el tomo decimotercero. La primera se oyeron las voces en Madrid y el presidente del Consejo tuvo que tele-

grafiar al alcalde de Caldeiro dos Faba-llós (provincia de Lugo), pueblo del magno acontecimiento, preguntándole qué ocurría y si juzgaba preciso suspender las garantías constitucionales.

El Alcalde, que a pesar de serlo, tenía bastante vergüenza, dimitió el cargo y contestó al Presidente preguntándole si cuando él vino al mundo su madre cantaba *El vals de las Olas* a media voz y con acompañamiento de ocarina de barro cocido.

La noticia de que la prole interminable del señor Manuel se había aumentado con un vástago, corrió como un reguero de pólvora, simil que por su novedad estampo aquí, por todo Caldeiro, y llenó de zozobra el ya atribulado corazón de los labradores, que tenían a los *Obleitas chicos* más que a la langosta. No respetaban ni los tronchos.

El señor Manuel, que era suscriptor de un periódico de Montero Ríos, sostenía por contagio de la lectura, que la tierra era de todos, y que sus hijos tenían perfecto derecho a comerse las lechugas del vecino. Este amor a la familia llegó a oídos del solitario de Lourizán, y muy pronto vió aumentados los miserables ingresos de su zapatería con los de una plaza de peón

caminero, que le permitieron agrandar el puchero y dedicar el resto a placeres.

Así sucedió que el día del bautizo de Honorato Palleiro y Pumariño, el último de la dinastía, la locura alcanzó en casa de Manuel proporciones alarmantes. El zapatero echó la casa con cerote y todo por la ventana. El pueblo, con ese fino instinto de las masas que las hace sentir sus héroes y caudillos, quiso acompañar a la Iglesia al que más tarde había de ser orgullo de Caldeiro dos Faballós, dueño y señor del arte, ídolo popular, millonario con Club propio, y aspirante a una placa conmemorativa de su nacimiento en la casa de sus mayores.

¡Quién había de decir, cuando se le quitó el gorro para bautizarle, que en aquella cabeza, que parecía una de las hormas del establecimiento de su padre, había de brotar pujante, altiva, dominadora, la coleta que al caer en el ocaso de su vida de artista, haría llorar al mundo y llenarle de dolor para siempre!

Si un espíritu observador, además del médico, hubiese asistido al espectáculo de su nacimiento, hubiera podido recoger el primer destello. Porque el médico no dió más alcance al hecho revelador que voy a contar, que el de un caso estupendo de

talento del recién nacido. El infeliz no sabía que acababa de tener en sus manos a uno de los hombres más grandes de España, y que lo que vió y oyó no fué caso de parlamentarismo prematuro, como opinó el médico, si no clarísima, evidente manifestación de lo que al correr del tiempo había de ser pasmo de las gentes y glorificación del mancebo.

¿Qué mortal hasta él, hasta Honorato Palleiro y Pumariño, dijo al nacer y al observar que le mareaban sus auxiliares: «¡Dejarme zolo!»? ¿No significaba nada, médico infeliz, oír decir en andaluz que le dejasen solo, a un niño nacido en el corazón de Lugo, con padres que no habían pasado en su vida de Viana del Bollo, sin haber respirado más ambiente que el que entraba por la fementida ventana del cuarto de su madre?...

¿No sentisteis en aquel momento que una ráfaga de gloria os envolvía? ¿No sospechasteis que aquella libra de carne con hueso que traíais entre manos era la nebulosa que había de formar más tarde el astro refulgente, el luminar mayor del firmamento de la torería andante?

Estuvieron ciegos en Caldeiro dos Faballos, para no atisbar en cada llorera del recién nacido su vehemente deseo de pa-

sar de pecho. Y tanto pasó y tan decididamente que la madre se quedó en los huesos y no bastaron ni los productos de la zapatería, ni el sobrante de la peonería, para evitar que por entre ellos se les marchase el alma una noche, y se quedase el pequeño sin madre y en ayunas.

¡A qué describir las angustias de aquel hogar!

El señor Manuel, uno de los hombres más ingeniosos de la tierra, hasta el extremo de que su apodo del *Obleitas* se lo otorgaron sus coterráneos por haberse descubierto que pegaba con obleas de la secretaría del Ayuntamiento, los tacones de las botas de sus parroquianos, para aborrase los clavos, fracasó con su nuevo vástago.

Ni dándole a chupar el tirapié que en las manos del *Obleitas* durante tantos años, podía pasar en punto a alimentación, por un cocido con gallina; ni entregando a la voracidad aterradora del pequeño, todo el calzado que le mandaban para componer, era posible dar ánimos a aquel estomaguillo de avestruz que acabó con su madre, y estuvo a punto de dar al traste con el establecimiento del señor Manuel.

De toda la documentación recogida por mí en los archivos de Galicia, extraigo este

dato que es de una importancia trascendental porque tras dar idea de lo que era el angelito en materia de alimentación, es punto de partida segurísimo para encontrar el origen verdadero del apodo que andando el tiempo había de ser nombre de guerra, timbre de gloria, suma y compendio de las mayores y más intensas emociones sufridas por los públicos de toros que durante tantos años han premiado con sus aplausos, con sus locuras, la labor artística, inimitable, sin precedentes, de mi biografiado.

Honorato, que a fuerza de chupar el tirapié y de engullir engrudo pasó de niño enteco y esmirriado, a ser un triponcete de primera fuerza, desmejoraba por momentos. Un día, día aciago, se vió con horror que a Honorato le había desaparecido aquella panza que era el orgullo de su padre y su almacén de reservas.

¡Cuántas veces tuvo el señor Manuel que esperar a que la digestión perfecta de su vástago, diese muestras patentes, para poder dar con unas medias palas que habían desaparecido de su mesa de trabajo!

—¿Donde están las medias palas?—clamaba exasperado el monterista de obra prima. Y sus doce hijos andaban como locos esquivando punteras, recibiendo pes-

cozones, levantando las tarimas con los dientes para ver de encontrar las medias palas. Hasta que Honoratín, conmovido del drama del hogar, y llevado también de su heredado amor a la familia, exclamaba, empujándose el ombligo con el índice rechoncho, morcilludo de su diestra:

—Lo *teno* aquí.

¡Y había que esperar!

Pero la rápida desaparición de la tripa de Honorato era un fenómeno inexplicable. Su tristeza y la de los suyos iba en aumento. Llegó un día en que el pellejo de atrás y el de delante se pegaron. ¡Una desolación!

Ni soplándole con un fuelle, ni cogiéndole la piel con unas pinzas de sujetar la ropa para secar, y tirando luego toda la familia, era posible devolver a aquella andorga aplanada, sus pasados esplendores.





CAPÍTULO II

Un sobre certificado.—¡Hay que despegarlo!—El niño de los Botines.—Las envidias nada pueden.

Lo vió el médico; estuvo a punto de perder el juicio leyendo libros, repasando casos, devanándose el majín. ¡Todo inútil! Honoratín se moría por obstrucción total del túnel.

Pero el arte velaba por él. No podía consentir que se secase en flor aquella futura gloria nacional. Su padre, guiado como por mano de hadas, puso las suyas pecadoras en la caja de las obleas usurpadas al concejo. Abrió la tapa, y lanzó un ¡oh! desgarrador. Ni raspas. Aquel vacío absoluto lo había logrado la máquina pneumático-digestiva de su hijo.

Se trataba pues de un estupendo caso de *obleitis municipalis*, de lo más aguda

imaginable. Su hijo era en aquellos momentos un certificado cerrado. Había que abrirlo, y a la tarea de despegar a Honoratín se puso el pueblo entero, con el noble afán con que los pueblos buenos escriben capítulos de abnegación y heroísmo.

¡Oh grande y nunca bien ponderado pueblo de Caldeiro dos Faballós, espejo de hidalguías, emporio de bondades, escudo de temerarias empresas!.. ¡Qué imponderable fué la que llevaste a cabo entonces al conservar para el arte sublime de los toros, aquel retoño que al crecer sería tu mayor orgullo!

Abierto el sobre, se evaporó la carta.

Agradeció Honorato con una sonrisa de angel el beneficio recibido, y dió un suspiro hondo, salido de lo más profundo de sus entrañas recién despegadas. Los días de ayuno forzoso tuvieron justo epílogo en esta frase lapidaria, que figura hoy en el salón de sesiones del Ayuntamiento de Caldeiro.

—*¡Pade, quero unos botines!*

Y cuando se los dieron para que se los pusiera, se los sorbió de un golpe.

Desde entonces Honorato Palleiro y Pumarriño dejó de serlo y pasó de un brinco a ser *El niño de los Botines*.

Pero a medida que fué creciendo él, fué

disminuyendo el apodo, y desde los seis años hasta hoy su nombre de combate, el que ha sido siempre al lado de las más portentosas hazañas, el que no desaparecerá nunca del libro de la Historia taurina, pese a sus detractores, a la crítica apasionada, a las camarillas de *bombistas*, *machaquistas*, *gallistas*, *cocheristas* y *pastoriles*, que en su afán de buscar competencias imposibles han tenido la osadía de querer elevar a sus ídolos hasta el nivel que ocupa Honorato en el mundo de la verdad y el lado izquierdo, su nombre glorioso, el que quedará por encima de las generaciones y de los siglos, ha sido, es y será el de *Botines*.

Nombre dulce, representativo, rotundo, que se sale de la aplanante vulgaridad de los demás.

¡*Bombita!*... ¡*Cocherito!*... ¡*Gallito!*... ¡*Zapaterito!*... ¡*Tripita!*... Chocarreros, afeminados, débiles, sin átomo de energía.

¡En cambio *Botines!*... ¡Qué sonoro, qué amplio, cómo habla al espíritu, qué bien lo prepara para la emoción serena de la fiesta!

¡Hasta en esto fué afortunado y se apartó de la corriente cuajada de rutinas, el diestro excepcional!

UN SUEÑO de BOTINES

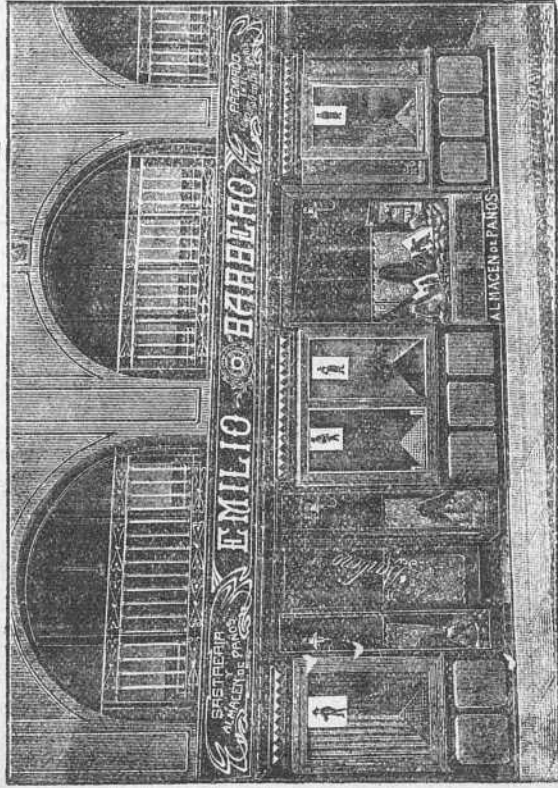


Torear 60 corridas, cobrar-
do 7.000 pesetas cada una
- y vestirse en casa de -

EMILIO BARBERO

Todo podía ser

Cruz, 2 BILBAO



CAPÍTULO III

Botines, devora los libros.—Literato tenemos.—Tierna, cáustica y mordaz poesía leída por Botines, vestido de angel, al señor García Prieto.—El autor llora sobre los versos.—Botines no conoce los entrefiletos de «España Nueva».—El arte taurino, brota espléndido en el corazón del astro refulgente.—La corrida de Caldeiro dos Faballos.—Una sesión borrascosa.—¿Por qué lleva la montera torcida?—Explicación.

A los seis años cabales comenzó *Botines*, su instrucción primaria.

Y apenas aprendió a leer, tanto el maestro como su padre, creyeron que aquel chico llegaría a ser algo grande en el mundo de las letras.

A los ocho años no leía, devoraba los libros. En menos de un mes, y siguiendo los dictados de su estómago poderoso, se manducó tres *Juanitos* con láminas, un *Fleury* y diecinueve *Ástetes*. Sin duda, por

elevación, llegaban del estómago a su cerebro ideas claras, conceptos precisos de la vida.

No dejaba por eso de ser poeta. Aún conservo una poesía que vestido de angel, con una camisa de su padre, y unas alas de cajas de galletas que la paciencia de los suyos consiguió sujetar a unos listones que llegaban del cuello a los faldones y obligaba a la víctima a permanecer erguido, gallardo, espectó al señor García Prieto la primera vez que se presentó diputado por el distrito.

Sospechan los maliciosos que el astro maravilloso del señor Manuel no dejó de asociarse al cálido aliento de las musas que del Parnaso habían llegado en el mixto a Caldeiro dos Faballós para auxiliar en el trance al precoz poeta. Yo creo que son cosas de los *bombistas* para quitar méritos.

Decía así la poesía:

Botines con este terno
de angel de confitería,
saluda al Sr. García
como tal y como yerno.

Oye mi salutación.
No me mandes noramala,
porque como es de cartón
no puedo ahuecar el ala.

¿No revela esta simple prueba un corazón más grande que un armario de luna? La modestia del poeta, la cortesía del ciudadano embrionario, el deseo de rendir culto al representante en Cortes del distrito ¿no son síntomas de una exquisitez espiritual, poco común en nuestra patria desdichada?

Yo no me avergüenzo de decir que, al meditar los últimos renglones, he llorado sobre ellos. ¡Con qué ternura, con qué candor angelical confiesa ante todos sus conciudadanos que aquellas alas que parece que le van a arrancar de la tierra, en vuelo glorioso, son de humilde cartón!

¡Cuánta gracia, cuánto donaire, qué intención cáustica a la vez en el pudoroso atrevimiento de llamar yerno al señor García Prieto, un muchacho que no había leído los entrefiletos de *España Nueva!*

¿No es todo esto extraordinario? ¿No esta fuera de las vías naturales?

Aquél, quizá, fué su último día para las letras y el primero de su amor a los toros. Allí se operó la revolución desde abajo, que había de hacer del oscuro muchacho de aldea, el primer lidiador de reses bravas.

El Ayuntamiento, con la protesta úni-

ca del concejal que representaba en Caldeiro dos Faballós, a la Europa consciente y a una casa de ropas para labriegos, creada en Lugo, decidió dar una corrida en honor del señor García Prieto y sus acompañantes. La falta de local fué motivo de hondas preocupaciones y de una sesión borrascosa, en la cual el consciente dijo que desde aquel momento, Caldeiro pasaba a ser feudo de la Inquisición, con garfios y todo, emblema del atraso de los Felipes.

El alcalde, que se llamaba Felipe, exclamó fuera de sí:

—¡Eso no me lo dirá usted debajo del puente!

—Debajo del puente, señor alcalde, y encima de las más elevadas torres de la Bastilla, protestaré de esta regresión a los tiempos de la nocturnidad espiritual, del lechucismo atávico y la mazmorra por jardín florido del ideal. Y es más, señor alcalde; he de hacer una campaña de humanidad y progresismo en las columnas de *El Despertar de el pueblo adormecido*, donde toda idea generosa y noble tiene su asiento.

Se levantó del suyo el alcalde; pegó dos puñetazos en la mesa y exclamó:

—¡Habrán toros aunque rabie la perra!

—¡Viva el alcalde!

—¡Viva el diputado!

—¡Abajo la Europa!

Y los gritos se oyeron en la calle y una manifestación de entusiasta adhesión al alcalde recorrió el pueblo, mientras el consciente se quedaba escribiendo al Comité Central de los Derechos del Hombre para que hiciese una campaña en favor de los caballos.

No había prosperado la misión de los concejales carpinteros de que la corrida se diese en el salón de sesiones y se decidió celebrarla en la plaza del pueblo.

No he de dar detalles de aquella corrida.

Baste saber que torearón el *Almóndiga chico* y el *Saliviya III* para que quede patente la maravilla y justificado el latido que estuvo a punto de hacerle echar por la boca el corazón a Honorato Palleiro.

Sus entusiasmos de aquel día, la visión exacta de la fiesta que le proporciónaron las audacias del *Saliviya*, que llegó a chupar el pitón izquierdo de su segundo durante tres minutos sin resollar y las artísticas diabluras del *Almóndiga* que daba entonces lo que se llamó con nombre que pone los pelos de punta, *el pase de los cadáveres*, que ni era pase, ni había posibili-

dad de cadáver, ni era otra cosa que una camelancia en dosis para desvanecer a los aficionados con cabeza de corcho, los concretó Honorato en este breve pero rotundo resumen, del pensamiento que desarrolló ante su padre durante la cena:

—¡Padre quiero ser torero!

Su padre, que era hombre muy categórico en las contestaciones, lanzó a la cabeza de Honorato un pan de ocho perras. Si el lector supiera el pan que dan por ocho perras en Galicia se asombraría a la vez de la fuerza de brazo del padre, y de la complexión férrea del cráneo del hijo. Un leve chichón aumentó desde entonces hasta nuestros días, las gracias naturales de la cabeza de Honorato.

En esa protuberancia está la explicación técnica de un fenómeno que la afición no había podido explicarse.

¿Por qué llevará siempre *Botines* la montera torcida? ¿Por qué en vez de dejarse la coleta en el sitio de los demás, la lleva siempre cerca de la oreja derecha?

Para *Botines* no hay detalle artístico que se escape. Su amor a la simetría, al equilibrio, le llevaron de la mano a buscar en esa colocación extraña de la coleta un bello *pendant* para con el chirlo de la corteza. Tan a rajatabla lleva esto de la sime-

tría, que a mí, cuando para pedirle detalles de su vida me entrevisté con él en su palacio del *Horno de calcinación*, me dijo arrellenándose en un ladrillo refractario:

—Si mi padre me llega a hacer el bulto en la nuca, me dejo la coleta en la frente.

¡Qué carácter! ¡Qué entereza! ¡Qué voluntad de hierro dulce!

Porque la tenía formidable, no sirvieron de nada súplicas ni amenazas, y *Botines* como tantos otros, se lanzó a la azarosa vida de capeas y embolados y más de una vez y más de dos, hubo de reintegrarse al hogar paterno en trozos y por paquetes postales. Su naturaleza privilegiada vencía al cabo. A los catorce años sólo le quedaba un colmillo. Fué regando plazas con su dentadura alabastrina. El ingenio heredado de sus padres, le permitió hacerse una con trozos de teclas del órgano de Caldeiro, y tan a la perfección quedó que ni hoy mismo se le nota, con la simple excepción de una muela que a la lengua trasciende a *re* de octava baja. Quizá el secreto de su voz armoniosa esté en el teclado dental.

Como su afán entonces era poner banderillas, llegó su padre a pincharle con la lezna en los sobacos para que no pudiera citar. ¡Todo inútil! *Botines* cogía las ban-

derillas con los dientes, se echaba en el suelo, citaba a la res levantando a compás las piernas, y en el momento de la reunión, daba un salto mortal y caía de bruces sobre el morrillo dejando en todo lo alto el par que no podía colocar con los brazos. Un compañero se encargaba de quitarle la montera de piel de conejo con aplicaciones de avalorios, que gastaba entonces, para saludar al público, porque él tenía que ir con los brazos pegados al cuerpo, y sólo podía corresponder al favor del público, moviendo las puntas de los dedos.



CAPÍTULO IV

La familia se rinde.—El ideal del torero.—La opinión de Guerrita respecto a Botines.—Ni agua, ni toalla, ni baño, ni abluciones.—Botines y el general Weyler.

La afición era tan vehemente, tan salida de dentro, que su padre y sus hermanos tuvieron que rendirse a la evidencia.

Honorato respiró al fin. Sus sueños de color de rosa se iban a realizar. El llamaba sueños de color de rosa a tener un pantalón de pana y setenta céntimos diarios. Enloqueciendo a los públicos con su arte soberano, ofreciendo a los toros las pocas regiones de su cuerpo que le quedaban por agujerear, haciendo elevar el precio del árnica en el mercado, ¿no iba a llegar donde otros llegaron arrastrándose y haciéndose la cupletista delante de los astados brutos?

Y a ganar en buena lid el envidiable puesto que hoy ocupa, se puso con febril entusiasmo. Del torero de hoy, del que es ídolo de los aficionados que distinguen, ¡qué he de decir yo que no se sepa!

Guerrita me decía de él hablando una tarde en su club de Córdoba algo que vale por todos mis elogios:

—¡Ezo no e un torero! Ezo e er dió Martes por la tarde!

Eze niño va a gastá má gasolina en automovi que agua en lavarce.

Si es así me parece que no pasa del primer kilómetro: pensé yo amargamente y hundiendo la barba en el pecho.

Quizá sea *Botines* el único torero moderno, que rindiendo culto a la tradición, no ha llevado nunca a la plaza, ni agua, ni toalla. Ni ha menester de baños, enjuagues ni abluciones, que so pretexto de aseo han quitado puntos de virilidad a nuestros diestros y se los han añadido en cambio de lamentable afeminamiento. *Botines*, opina con el general Weyler, que solo deben lavarse las señoras y los niños de pecho.

Y esta coincidencia de un tan grande lidiador y de un general que usa patillas en pleno siglo xx es muy digna de tomarse en consideración.

¿Quiere decir ésto que Honorato no se limpia? No.

Se limpia por dentro, como las boquillas, y con alcohol para que la desinfección sea perfecta. Por fuera prefiere ir aculotado.

¡Dejemos paso franco a las veleidades del genio!





En las páginas de este libro queda patente la industria del diestro excepcional. Lo que no sabía su autor, hasta que le entregaron la fotografía de que es fiel trasunto este grabado, es que el ingenio de *Botines* llegase hasta el extremo de haber inventado el impermeable de luces.

No necesita explicación. Con verlo basta y sobra.

Lo estupendo era dar con un artifice capaz de llevar á la práctica este traje maravilloso que hace inútil ya la clásica frase de «Si el tiempo no lo impide.»

¡Pero dió con él!.. ¿Quién había de ser?.. ¡El magno, el inagotable Depósito de impermeables de la Plaza Nueva, núm. 5.

Lo que no hay en ese Depósito no lo hay en el mundo entero.

Sin embargo, tiene en estudio el impermeable escafandra, para espectadores. Será un éxito.

NOTA.—El modelo verdad del *impermeable de luces* lo puede ver usted en el citado Depósito. Visítelo y se lo enseñarán.

CAPÍTULO V

La modestia de Botines.—El primer traje de luces.—¡Abajo las medias!—Una montera con historia.—Por qué hace ruido al caer.

Es regla general en los diestros de primera fila, y quizá su nota característica, la inmodestia y la fanfarronería.

¿No es una provocación que *Bombita*, por el hecho de tener dos millones de pesetas, use cuello de pajarita y lleve los puños limpios todos los días? ¿No clama al cielo que se remangue los pantalones *Cocherito* y enseñe a la Humanidad unos calcetines calados y en vez de sonarse las narices con los dedos como era su obligación emplee sedas y derroche gipures con vainica?

¡Cuántas infamias, cuántas calumnias ha levantado alrededor de mi biografiado la envidia insana y la impotencia manifiesta

de los que no han podido llegarle a la suela de la alpargata!

La modestia de *Botines* es uno de los puntos más discutidos en los círculos tau-rinos, donde por lo común, más se habla de los calzoncillos del diestro de moda, que de sus faenas ante el peligro.

¡Que mira por encima del hombro!...

¡Que en vez de dar toda la mano para saludar, entrega solo el dedo meñique de la derecha!...

Esas son las *formidables* acusaciones de sus enemigos. Medrados deben andar de razones para combatirle.

¡Que mira por encima del hombro!

¿Pues como ha de mirar un señor que tiene tres cornadas en el hueso dulce? ¿No saben esos críticos de menor cuantía que lleva zurcida toda esa parte y que a fuerza de tirarle la piel de atrás tiene que ir siempre con la cabeza erguida y no puede hacer una reverencia porque se descose?

¿No saben que en Zaragoza por olvidarse del detalle y agacharse a coger el cigarro que se le había caído... a un señor que iba delante de él, se le saltaron las puntadas y tuvo que salir a torear sujetándose la destrozada piel con un imperdible de señora?

Pues si no lo saben apréndanlo y no to-

men por altanería y falta de modestia, lo que no es sino cosa de cirugía pura.

¡Lo del dedo meñique!... Esa es otra. ¿Pero es que le han visto la mano entera los que así hablan y censuran? Si solo dando ese dedo es como si le saludasen a uno con un poste de telégrafos con jicaras y todo, ¿qué sucedería si se alargase y soltase toda la mano?

Hay para naufragar en la palma.

La modestia de *Botines* se revela en mil detalles. Basta para acreditarla, este recogido por mí en una reseña de toros y que puede comprobar la afición cuando le plazca.

Botines, por un capricho coquetón de la madre Naturaleza, tiene una altiva berruga debajo de la nuez, y con ella y pasándola por los dos ojales de la camisa y los otros dos del cuello se lo sujeta, y aún le sobra berruga para hacerse un lazo y evitar que se le suelte, con lo que a la vez resuelve el problema del gemelo y la corbata.

Es más. Su primer traje de luces, el que lució por primera vez en aquella inolvidable corrida de Indauchu, que despobló todo Vizcaya y obligó al público a tomar las entradas a tiros, revela este carácter despreocupado y sencillo del diestro.

Un frac de un camarero de la Bilbaína,

fué la materia prima. *Botines* mismo arrancó los faldones y con recortes de hojadelata y trozos de papel de plata que su industria buscó en la chocolatería de Aguirre, hizo alamares, ideó hombreras, y tales aires le dió de chaquetilla de luces, que el público no reparó en el engaño y se maravilló una vez más del corte exquisito y gusto sin segundo del señor Retana, el sastre de los toreros.

Respecto del pantalón se dividieron las opiniones.

¡Es tan difícil convertir así, de buenas a primeras en refulgente taleguilla, unos peles de punto, y más, si los peles son como aquellos, a rayas verdes y amarillas!

No ha de llevarme mi pasión por el diestro hasta el extremo de aplaudirle el hecho insólito, que por poco promueve un conflicto de orden público, de completar la indumentaria de aquel día suprimiendo, por lujo excesivo las medias, y salir a torear en pernetas y sin más zapatillas que unos chanclos de goma con adornos de pasamanería.

El diestro siempre se acuerda con horror de aquel momento del paseo y jura y perjura que él creyó, que afeitándose las piernas, como lo hizo, el público no notaría el artificio.

¡Vaya si lo notó!

Como que tuvo la guardia civil que prestarle unas polainas de gala y con ellas pudo llegar al fin de la corrida, sin detrimento de su integridad personal, seriamente amenazada.

El recuerdo de lo de entonces es lo que le obliga a llevar, aun cuando viste de paisano, los calcetines por encima de los pantalones. Quiere que el público se percate de que los tiene.

Dicen los íntimos que no son completos, que les falta la planta y son solo unos manguitos de estambre. Mis averiguaciones se han detenido respetuosamente ante este detalle de su vida privada.

Y puesto a hablar de la indumentaria del torero, que está llamada a hacer una revolución en el modo de vestirse los lidiadores, no quiero dejar de hacerlo de esa montera popular que es obsesión de revisteros y preocupación constante de las gentes. Quizá en su construcción se ha revelado con más fuerza que nunca el ingenio portentoso de *Botines*. Es un secreto que no debía revelar, pero me debo al público.

Consideró Honorato excesivo el precio de tres pesetas y una jaula de codorníz que le pidió por la suya un diestro de ca-

tegoría, el *Minguito*, hombre aficionado a complicaciones aritméticas, y de temperamento tan nervioso que cuando toreaba en los pueblos tenían que sacarle del bur-ladero, pinchándole con el estoque, y enseñándole desde lejos una chuleta de carnero. No descansó el torero hasta tener una montera que uniese a sus condiciones de baratura, una solidez acreditada en la adversidad. El imitó el caso del *Cochero*.

Cogió una caja de pasas de Málaga, la dió una mano de betún y adosó a cada costado tres madroños con lo que la ilusión de un birrete tocando las castañuelas era perfecta, en cuanto aparecía gallarda y desafiadora en lo alto de la cabeza de *Botines*.

El problema del equilibrio preocupaba como siempre al diestro. La falta de adaptación de la caja al medio, la resolvió rellenando de masilla los ángulos diedros. Y así sucedía que al saludar al presidente, siempre que terminaba el paseo, se la tenía que extraer pegando con un mazo de abajo arriba.

Su talento previsor ha añadido un asa de metal al costado derecho de la montera, con lo cual ha logrado poder saludar al público muy cómodamente, y como si lo

hiciese con un vaso de noche vestido de luto. Esta originalidad le ha valido muchos aplausos en Belchite.

Después de estos detalles, se explicará el público de toros el estrépito que produce siempre la montera de *Botines* cuando al rematar el brindis, con aquella media vuelta gallardísima, tan peculiar en él, la lanza al aire y cae al suelo. ¡Cuántas tardes los que le ven torear por primera vez, han creído que se le ha caído desde el palco un baúl al presidente!



HOTELES ARANA

BILBAO:

Bidebarrieta, 2 - Teléfono 389

SAN SEBASTIÁN: Easo 16 y 18 - Telf. 439

ZARAGOZA: Don Jaime I, núm. 50

NUEVO GARAGÉ VIZCAYA

AUTOMÓVILES

BILBAO Y COMPAÑÍA

Alameda de Recalde — Teléfono 723

• • •

¿En que se parecen los automóviles que alquila este soberbio garage á los toros que mata *Botines*? En que no sufren pinchazos.

¿Y á un pobre de solemnidad? En que nunca tienen *panne*.

Venta, reparación y alquileres de automóviles

Con el aceite y la gasolina que vende esta casa, no hacen falta ni *chauffeurs*. Los coches andan solos

Si a usted

así, de repente, le dicen: ¿Dónde está el Restaurant de **PEDRO ESCALZA**?

Usted no sabe responder. Pero que le añadan a V. «el de **Morronegro**?...» ¿A

que sabe usted que está en la calle Jardines, 6 y Nueva, 3, que dá de comer como las propias rosas, que tiene unas habitaciones como para S. M. y que en eso de despedidas de solteros, bodas y bautizos, tiene verdadero angel? Todo el que come en casa de ESCALZA se chupa los dedos. Y no es que no haya servilletas, sino por gusto. La mitad de la fortaleza de *Cocherito*, estriba en haber comido muchas veces en este Restaurant.



CAPÍTULO VI

Ocho días encerrado en Indauchu.—Se come pero no se bebe.—Lo que cobra Botines.—Botines y el Rey de Portugal.—El advenimiento de la República le coge con las manos en la masa.

Si yo fuera a encerrar en los límites estrechos de un libro todas las peripecias, los mil detalles de la vida azarosa del matador insigne, les costaría a ustedes 17 pesetas el tomo y tendrían que ir a buscarlo a las librerías con un carrito de manos. No tiene tales aspiraciones la modestia de estas páginas, sino las necesarias para oponer a historias de toreros que corren impresas y son, por lo común, fábulas bellas, la de este torero que sufre en las soledades de su hogar (un tubo del saneamiento abandonado en la calle de Autonomía) las injusticias de la crítica; el abandono de escritores cultísimos que se obstinan en no ver en él más que al hombre de los calce-

tines por fuera del pantalón, y la despiadada crueldad de empresas sin entrañas, más atentas a llenar sus bolsillos con contratas de toreros que pasan por lumbres, que a satisfacer los anhelos de la opinión pública, cansada de probar con sus aplausos que el torero que la entretiene, quizá el único que ofrece a los toros cuanto lleva encima, es mi biografiado.

Lo saben las madres.

Solo he escogido de entre los mil que he oído de sus labios, mientras se repuso de un ataque de erisipela al occipucio, algunos datos, pequeñas bagatelas, que bastan y sobran, a juicio mío, para poder entretener al lector y dar idea cabal de la vida íntima del torero.

El día 22 de Febrero de 1908 *Botines*, debía torear una corrida en la plaza de Indauchu, anfiteatro de Bilbao, donde la afición ha presenciado las más atrevidas proezas y las suertes más estupendas de la torería moderna.

Aquel mismo día estaba anunciada otra corrida en Vista Alegre. La ruina del empresario de esta plaza era evidente. El mismo *Guerrita* no hubiese podido evitar el vacío. La masa se iba detrás de *Botines* como la leve aguja tras el acerado imán. Era preciso evitar la catástrofe financiera.

El empresario de Vista Alegre citó a *Botines* para aquel mismo día por la mañana en un establecimiento muy acreditado por sus licores. Hay todavía ¡y lo que durará! un aguardiente que aun empleado en friegas se sube sin pedir permiso a la cabeza y deja los sesos en carne viva. Al que lo prueba, no sólo le hace tiras el intestino, sino insensible a los efectos del amoniaco. Ocho días de reposo y meditación y la lectura ordenada de los discursos del señor Rodríguez San Pedro, son suficientes para devolver al paciente el uso completo de la razón. ¡Las tonterías que se hacen en esos ocho días!

Acudió *Botines*, porque acude siempre que le citan en corto, bien ajeno a que allí, tras aquel velador, le acechaba la muerte civil.

—¿Qué vas a tomar?—le preguntó el empresario, que era de Valladolid.

—¿Hay fideos?—replicó *Botines* interrogando al dependiente, y dejándose llevar de su delirio por las pastas.

—¡Qué va!—objetó el dependiente.

—Te se interroga al respectivo de los bebestibles—añadió el empresario.

—¡Cualesquiera!... Me es indiscutible.

—Entonces, tu, Udosio, saca *pa* este una copa de anís de *La Perforadora* y *pa* mí

el *Heraldo de Madrid*, que voy a leer el «Glosario de los cronistas».

El dependiente sirvió la copa y abandonó el establecimiento para no verse complicado en un proceso.

Sorbió el líquido *Botines*, se le escaparon dos lágrimas de a kilo, y se echó mano al gañote diciendo:

—¡Camará!.... Me acaba de pasar por aquí un tranvía de Durango con el trolley desenganchao.

Dos minutos después vitoreaba el diestro a la República federal. Había, pues, entrado en el primer período del estado cataléptico.

Estaba en el tercero con vistas al patio, cuando tomó asiento en el palco el presidente. El conflicto era enorme. *Botines* se desencuadernaba por momentos. Quería salir al ruedo escotado y con una flor en el pelo para cantar lo de *costas las de levante*, que es en unión de los vivas a la República precisamente federal, el definitivo síntoma de un lamentable desquiciamiento puramente subjetivo.

El público que no había pagado para oír *Marina* se retiró en silencio ante la orden de suspensión de la corrida, hasta el domingo siguiente, y se reunió en corros a llorar la decepción.

La empresa celebró sesión extraordinaria para tomar acuerdos radicales. El producto de la deliberación, fué tener encerrado a *Botines* en los corrales los ocho días para que no pudiera ponerse en contacto con la opinión. Se le servía la comida por debajo de la puerta, y desde lo alto de las tapias se le daban sanos consejos y provechosas enseñanzas. De vino, ni gota.

Se celebró la corrida y *Botines* puso, como siempre, cátedra de arte fino, de esa elegancia natural que es su característica y la que hace al público levantarse en sus asientos y juntar las manos en ovaciones delirantes. Fué aquélla su consagración definitiva como torero.

A pesar de ello sus pretensiones no han llegado nunca a la exageración de compañeros suyos, que por hacerse los locos delante de los toros, cobran cinco mil pesetas.

La corrida de Castrojeriz en la cual solo en ropa interior se gastó una fortuna, la cobró en especies. Un pan de higos y un impermeable de esclavina, que había desechado el alcalde, porque se le soltaba la goma y tenían que desnudarle a fuerza de agua caliente, fué el premio a su trabajo. Por cierto que el *Orfeón Castrojerizano* le obsequió aquella noche con un concierto a boca cerrada. *El murmullo de las aguas,*

El vendabal que se acerca y *El canto del cuco*, fueron tan maravillosamente interpretados, que *Botines*, en un rasgo de generosidad les arrojó el pan de higos desde la ventana de la fonda. Del golpe murió un tenor segundo, lo que agradeció mucho el *Orfeón* porque desafinaba en los agudos.

La especialidad del diestro está en la lidia de embolados. Esa es su debilidad. Ni tamaños, ni sexos le importan un ardite. El ternero juguetón, la vaca aviesa de colmillo retorcido y ojos de avestruz, el toro anciano que recorre pueblos y visita aldeas hundiéndose costillas, achatando narices, coceando aficionados y hartándose de morderles, son para él flores de primavera, céfiro suave que le tonifica músculos, le aviva el valor, y acaba por ponerle en condiciones de enloquecer públicos con sus gallardías a cuerpo limpio.

Me conviene mucho anticiparme a las suspicacias del lector enemigo del diestro, proclamando aquí, que en lo de a cuerpo limpio, no hay el menor asomo de ironía, ni empeño mío en traspasar los sagrados umbrales de la camisa.

Tanta fama adquirió lidiando toros embolados, que en una revista me ví precisado a declarar, cumpliendo mandatos de mi conciencia, que desde Montes hasta nues-

tros días, no se había conocido prodigio semejante.

Botines, y el hecho es rigurosamente histórico, cortó mi revista y envió al entonces Rey de Portugal la siguiente carta que transcribo íntegra para que se vea que no sólo *Lecumberri* sabe escribir cartas.

Decía así:

«Señor Rey de Portugal

Mui señor mio de mi mallor consideración me alegraré que su saluz estea güena y le manifiesto de como el señor *Desperdicios* de esta Billa aescrito de mi persona diciendo de que toreo en bolados muchísimo mejor quel tacto lo cual que le comunico por ver si me puede sacar en Lisboa pues verá que no le engaño a su majestaz y demás familia rial.

No me conteste a mi casa, pues sabrá su majestaz de como no tiene número sabe lo es suyo de todo corazón pa lo que guste mandar tocante a los en bolados.

Honorato Pumariño (*Botines I*).»

No pudo lograrse su deseo porque en aquellos días estalló la revolución y don Manuel se encontró sin sello para contestarle.

De ahí la enemistad personal de Honorato con Teófilo Braga, que no se explicaban sus íntimos y que atribuían a presión de don Miguel de Braganza.

El señor Vasconcellos, embajador entonces de Portugal en España, puede afirmar la veracidad de esta anécdota, si no bastase el testimonio de los bilbainos de buen humor que la conocen y acompañaron al diestro a depositar la carta en el buzón de Correos.

En un viaje que hice a Lisboa oía hablar mucho de esta carta y lamentarse amargamente de que el diestro hubiera suplido la goma del sobre con pan mascado.





CAPÍTULO VII

La aventura del horno.—La grave cogida de Indauchu.—El diestro se duerme en la cama de operaciones.—Un reloj misterioso.—Disección capilar.—Un cuchillo de postre profana el chori augusto que cae a los pies de los envidiosos.

No habían transcurrido tres semanas desde que el mundo asistió estupefacto a las últimas hazañas del diestro, cuando acaeció una que por lo estupenda acabó de coronarle y le dió títulos suficientes para codearse con el Ave Fenix. Como ella, resurgió de sus propias cenizas.

Su condición de sibarita y su espíritu inquieto le llevan a romper con la tradición de otros toreros que estiman nota de buen tono encajonarse entre las cuatro paredes de un cuarto de hotel. *Botines* atempera el domicilio a los rigores de la estación, y a sus propios dolores. Así le

vemos en el invierno de 1909, en que un reuma articular le tenía asado, coger sus muebles e instalarse como un príncipe en el horno de una acreditada panadería. De él no salió una infausta noche convertido en pan francés y repartido a domicilio en papel de seda, porque Dios no quiso. Dormía arrebujado en un rincón, cuando los panaderos, ajenos a su presencia, atiborraron de leña el horno y la dieron fuego. Creció la llama y con ella el sueño del torero, del cual se cuenta que cuando le prende, ni pegándole con una piedra en la nuca, ni disparando un cañón a su lado, es posible despertarle. A lo sumo abre el ojo izquierdo, lo pone en blanco, y vuelve otra vez al estado de tronco. Sólo cuando las llamas se apoderaron de sus carnes se dió cuenta de que se había dejado encendida la estufa. Era preciso salir o perecer. Caviló un momento y dió con el plan de salvación. Lo elevado de la temperatura del horno, no me permite asegurar que *Botines* hizo, como siempre, derroche de sangre fría. Pero si proclamo que su serenidad pone los pelos perpendiculares a la línea de tierra.

En la primer pala que vió entrar en el horno llevando la masa de un pan formidable, se sentó. Tiró el palero, sin sospe-

char lo que traía. Aunque asombrado del peso, y por entre las llamas que rodeaban la boca salió el diestro dando alaridos, pegando botes y haciendo contorsiones, que produjo verdadero pánico en la masa.

Se le quiso llevar al Hospital, y se negó. Dijo que prefería curarse con una telaraña.

De estas pruebas del valor sin límites del matador eximio, las hay á centenares.

Recuerdo en este momento una que dejó confusos a los doctores que le curaban en la enfermería de Indauchu. El toro *Veneno*, un animal que conoce por sus nombres y apellidos a todos los toreros de Bilbao que empiezan; que se ríe a carcajadas en cuanto llega a un pueblo y le ponen las bolas y que en vez de cornear, pega puñetazos en la cara como los hombres, era el adversario de *Botines*.

El diestro, después de brindar, lo tomó con la derecha. *Veneno* la tomó con el diestro, y aquello fué una lucha a boxeo. *Botines* se defendía con las manos, con los pies, con los dientes. El toro muerto de risa, como de costumbre, le atrapó, le echó la garra, y se bailó encima de la barriga del matador la más estupenda *matchicha* que han conocido las regiones tropicales.

El público se llevó las manos a la cara,

para no presenciar el horrible espectáculo de ver vaciar por presión a su torero favorito... *Veneno* terminó el baile abdominal arreando al lidiador una coz en los riñones y enviándole en vuelo planeado al tendido número 2, donde aterrizó. De allí se le condujo a la enfermería.

Al colocarle en la cama de operaciones, *Botines* exclamó:

—Qué a gusto se está aquí, señores!

—¿Cuánto tiempo hace que no duermes en cama?—le preguntó el Dr. Prieto.

—Diecisiete años, doctor... ¡Hasta mañana si Dios quiere!

Dió media vuelta, cerró los ojos y se quedó dormido como un angel.

No hubo necesidad de cloroformizarle para hacerle la dolorosa cura. Se le podía haber abierto en canal y fregado por dentro con estropajo y piedra pomez en la seguridad que no lo hubiera notado. Algunos espectadores, de los que siempre acuden a mirar por las cerraduras de las enfermerías, tomaron los fenomenales ronquidos del torero por el estertor de la agonía y entraron en los tendidos exclamando:

—¡Señores, *Botines* la está diñando!

El público, como siempre que un torero se muere en la plaza, siguió viendo la corrida en señal de dolor profundo.

En esta corrida precisamente, fué cuando un espectador entusiasmado de su faena, le arrojó un reloj que el diestro se vió obligado a vender, no por desprecio al regalo, ni por necesidades de momento, sino porque era tan particular que solo andaba en posición horizontal.

Y como no lo iba a llevar en la palma de la mano, ni encima del cordobés, decidió pignorarlo no sin llorar antes sobre el minuterero.

Entre el calor del horno y el pateo de *Veneno* se le curó el reuma y Honorato quedó hecho un Pepe, dispuesto a seguir entusiasmado a los públicos y dando cima a sus propósitos de llegar a lo más empinado de la cumbre.

Fué entonces cuando se le contrató para aquella inolvidable corrida de Vista Alegre en que el público invadió hasta los tejados para verle realizar proezas, y la benemérita tuvo que formar el cuadro para defender a los lidiadores, que estuvieron a punto de ser hechos gigote por el entusiasmo popular desbordado.

Digno epílogo de aquella jornada memorable fué el banquete sórdido, miserable, en que la mano perversa de la envidia escribió una página villana en el libro de la historia taurina. Una conspiración iní-

cua de los impotentes, de los inútiles, de los que se sentían roer los zancajos por el coloso, trazó el plan de la emboscada.

Cuando el mozo de estoques acababa de desnudar a *Botines*, y digo acababa, porque del principio se habían encargado los toros de aquella tarde, recibió un perfumado billetito de color de rosa.

—¿De quién será, maestro?—preguntó intrigado el mozo.

—Seguramente de Gloria Laguna que está empeñada en retratarse conmigo por si se publica mi libro—contestó *Botines* con esa indiferencia con que los astros hablan siempre de la aristocracia que les acompaña desde que se doblan los pantalones y usan guantes de cabritilla.

Leyó *Botines* la misiva y exclamó:

—No es de Gloria. Es que me invitan a un banquete.

Le pidió el mozo que le guardase un canutillo del postre y salió el maestro camino del antro misterioso en que manos viles habían de profanar aquella noche su emblema de gloria. Su entrada fué triunfal. Pífanos y tambores, dulzainas y chirimías, dieron al aire las estridencias de un vals canalla. Un aplauso nutrido se mezcló con las músicas, y de todos los pechos brotó a la vez un formidable ¡Viva *Botines*!

que retumbó en la calle y puso en las puertas del establecimiento al barrio entero que palmoteaba lleno de júbilo.

Se deslizó el banquete, durante el primer tercio, con relativa tranquilidad. Perdonaba el diestro con una dulce sonrisa al agresor cobarde que oculto tras botellas y soperas, le arrojaba de vez en cuando un panecillo o un trozo de merluza. ¿Cómo iba él a imaginarse que eran aquellos los primeros disparos del combate, trabajos de exploración y tanteos del terreno operados por la vanguardia de aquel ejército de malandrines? ¿Cómo soñar que a dos pasos del panecillo volandero meditaba el drama los últimos detalles?

Notó sí que se le miraba a hurtadillas la coleta. Hasta oyó cuchichear del jefe de la conspiración:

—Me parece que será preciso traer una sierra porque este gachó tiene el pelo de alambre.

Pero ni dió importancia a las miradas, ni se inquietó por el cuchicheo. Al contrario. Los estimó síntomas de la admiración ajena y siguió engullendo.

Un tenedor maldito arrojado desde el extremo opuesto de la mesa se le clavó en la nuez y estuvo a punto de concluir con la feliz berruga de que hablo en otro ca-

pítulo de esta historia. Era la señal del combate, el momento convenido por los carbonarios para apoderarse del astro y segar de un tajo nefando la irsuta coletilla, el pingajo peludo que si aun adosado a cabezas de cemento porland es motivo de orgullo, timbre de majeza y título de gallardía, en la de *Botines* era además de todo esto, nimbo glorioso, espléndida aureola, pendón de victorias y trenza de laureles.

Enhiesto el tenedor ensangrentado se defendió *Botines* como un héroe:

—¡Antes pasaréis por encima de mi cadáver que tolerar tamaña afrenta!—exclamó lanzándose como una furia sobre el enemigo.

Fué aquella una escena de canibalismo. Cayeron los comensales sobre el diestro y allí en una mesa, que se conserva en el *Club Botines* como potro de tormento, yació el torero, desfallecido, desencajado. Minutos después caía a tierra, cortado por un cuchillo de postre, el penacho agosto.

Y para que la profanación fuera mayor, y no tuviera el agravio rincón en que esconderse avergonzado, se añadió a la infamia consumada, la inaudita de pasarle por el sitio decapilado un rallador de pan, y cubrir la calva producida por la frotación, con un parche negro como el que se pone

a los perros en la frente cuando padecen el moquillo.

¡Almas ruines!... ¡Corazones villanos, atajo de salteadores de la gloria, enjambre de cuadrilleros del deshonor, taifa de envidiosos y perversos!: Os figurásteis que el secreto de la destreza y la redoma del valor la tenía *Botines*, como Sansón, en los cuatro pelos infelices colocados al tresbolillo, y os sentisteis Dalilas.

¡Qué equivocación tan formidable! ¡De qué poco os sirvió el crimen horrendo!

No pasaron tres días de la catástrofe, y ya nuestro amigo levantaba las plazas en vilo.

Cuando creísteis que no podría ponerse la moña, había ya resuelto el problema de clavársela con una tachuela.

Y con ella clavada unas veces y atornillada otras, dió cima a empresas fabulosas que no han de bastar a oscurecer, ni la crítica vanal y apasionada, ni los medios reprobables e insanos de sus detractores.



LA TACHUELA

con que en memorable
ocasión se clavó la coleta
- el inenarrable diestro -

BOTINES

fué adquirida en los

ALMACENES DE FERRETERIA

DE


RAMÓN de GOICOECHEA



ARENAL, 6 (frente al Teatro Arriaga)

Teléfono núm. 1.362

BILBAO



CAPÍTULO VIII

¿Qué piensa usted en política?—¿Qué autor prefiere?—¿Qué opina usted de la prensa?—¿Le gustan las flores?—¿Ama los animales?—La música, la novela y la filosofía.—¿Cuál es el mejor picador?—¿Quién mata mejor?—Otras opiniones interesantísimas.

—¿A dónde vamos, señorito?

—A casa del maestro.

—No recibe los lunes.

—A mi sí.

Partió el simón, al trote cochinerero de un caballo que al andar hacía tal ruido con los huesos, que parecía unas veces como si llevase dentro un jugador de bolos y otras que el cochero iba jugando al dominó en el pescante, y ahorcándose el seis doble a juzgar por lo que renegaba.

Unos minutos después se paraba el coche ante la casa del maestro. ¿Por qué he de ocultar que estaba yo un poco nervio-

so, un poco pálido, un poco emocionado? Me arreglé la ropa, me quité algunas hilachas de la americana, me repasé de un vistazo las uñas y con la turbación propia del caso, me agaché hasta enfilarse los misterios insondables del tubo de hierro, de grandes proporciones, que servía durante el verano de albergue al diestro, y con voz un tanto tímida y entrecortada me atreví a murmurar:

—¿Está usted ahí, maestro?

—¿Quién llama?—replicó en el otro extremo del tubo, habitaciones reservadas del matador, una voz bronceada, enérgica, de hombre que en todo momento se juega la vida ante los públicos.

—Soy yo, *Desperdicios*, que traigo esta tarjeta del ministro de la Gobernación para que me autorice usted a interrogarle brevemente.

—Ahora salgo.

Y escurriéndose como una anguila llegó al *hall* de su morada, el héroe, el hombre temerario, el que tantos días de gloria había dado al Arte. Estaba frente al coloso. ¡Cuánto hubiera dado yo porque me viesen entonces los que llaman Ricardo a *Bomba*! Se hubiesen muerto de envidia.

Me alargó la mano. Se la besé.

—No le he dicho a usted que entre por-

que hay corrientes y tenía el cuarto por arreglar.

—Prefiero oírle a usted al aire libre. Que la Naturaleza sea testigo de nuestra conversación. ¡Qué mejor cuarto, Honorato!—exclamé yo atreviéndome a llamarle por su nombre, acordándome siempre de los bombistas íntimos.

—Ciertamente—replicó *Botines*. La primavera nos ofrece sus preciadas galas. ¿No oye usted a las parleras aves como festejan este momento histórico?

—No, señor.

Y no se oían.

Pero como el contagio de la letra de molde es tan decisivo, *Botines* se creyó obligado a usar el elevado estilo que, desde que los libros nos cuentan historias de toreros, han dado a estos patentes de académicos de la lengua.

—¿Y en qué puedo servir al periodista? ¿Qué puede interesar al público mi modesta opinión sobre una fiesta que lleva en sus senos el ardor del combate, la victoria de la inteligencia sobre la fuerza, el gesto gallardo del gladiador que muere bendiciendo al César, y es compendio de sol que abrasa, de sangre que fascina, de vino que trastorna?

—No; si no vengo a eso. Si ya se que eso

no le importa nada al público de toros. Le interesa si usted se lava con jabón de los Príncipes del Congo, si prefiere usted el catre de tijera al jergón de muelles, si es usted maurista o partidario de Salvatella, si lee usted *La Correspondencia de España* antes de tomar el chocolate...

—¡Alto ahí! Que ni lo he tomado, ni lo tomaré, porque lo estimo síntoma de degeneración de la raza. Un hombre que se pinta por dentro la barriga con pócima tal, no puede luchar con las fieras.

—Vamos, pues por partes, si no le soy molesto.

Yo quiero saber, para contárselo a mis lectores, qué piensa usted en política.

—Una república federal presidida por Merodio me parecería que haría la felicidad de mi país. El fomento de la viticultura y estrechar los lazos ibero-americanos son dos notas de buen gobierno que estimo necesarias. Sobre todo la primera.

—¿Qué periódico prefiere usted?

—Leo *La Epoca*. Pero solo la sección de *Ecos de Sociedad*. ¡Nada del marqués de Valdeiglesias ni de Bertancourt!

—¿No lee usted nada más?

—Me gustan también mucho los prospectos de cines y los anuncios de callicidas.

—¿Qué flor le gusta más?

—La margarita silvestre. Amo las gardenias, y me enajenan los claveles reventones. También me gusta mucho la flor de la patata, pero prefiero la patata a la flor, sobre todo frita.

—Revela un espíritu muy sensible, maestro.

—¡Qué quiere usted! Los toreros somos a veces como los niños. Nos enternece un gorrión que pía, lloramos ante una mariposa que liba en la corola de las flores. ¡Cómo ha de suponerlo el público que nos ve arrogantes, fieros, sin entrañas ante un enemigo que lleva un ataúd en cada pitón!

—¿Qué toros le gustan con preferencia?

—Los de Lastur. Sobre todo los de cuerno en espiral y con nudos, por el placer de la herida al entrar y al salir. Más al salir que al entrar. Es verdaderamente delicioso.

—¿Podría saber que animal detesta V.?

—El borracho de tendido de sol. ¡Siempre tira la bota vacía! Es un asco.

—Y de los públicos, ¿por cuál se inclina?

—Me entusiasma el público de niños porque, más prácticos que los hombres, jamás tiran naranjas. Prefieren comérselas. A mí las naranjas en el ruedo me descomponen. ¡Cuántas veces en lo más emocionante de una faena, he visto caer una naranja y por

írseme los ojos trás ella y hacérseme la boca agua me he encontrado por los aires!

—En materia de música, ¿se decide usted por la ópera, por la zarzuela grande o por el género chico?

—Con acompañamiento de acordeón y yerrillos cualquier género. Sin acordeón nada. En esta materia soy muy exigente.

—¿Qué novelas lee V?

—Ninguna, porque sueño por las noches. Sólo leo libros de filosofía, y cuando con ellos dejo bien preparado el espíritu para las emociones fuertes, me atrevo con una lista de la lotería que conservo desde hace años como precioso documento.

—¿Podría V. hablarme algo de la fiesta nacional, su particular criterio, innovaciones que se le ocurren, algo, en fin, que sea como el sello personal de su opinión en materia tan discutida?

—Opina *Bombita*, en su reciente libro, que deben suprimirse las banderillas y en cambio dar al toro tres puyazos más. Me parece poco. Yo creo que al matador, para evitarle molestias, se le debía servir el toro asado a la parrilla, rodeado de perejil y con una raja de limón en el morro. Mi compañero se conforma con muy poco. Además, opino yo, que los toros están más gallardos, más airosos con bolas que sin

ellas. ¿Por qué no introducir esta modificación? Otras modificaciones se me ocurren. ¿Por qué no se han de llevar a casa del matador las 5.000 pesetas que gana, y se le ha de molestar haciéndole vestir de luces, salir de la fonda a una hora incómoda, hacer el paseo y tras él la bayadera casquivana delante de los toros? ¡Cuánto disgusto se evitaría si el público se convenciese de esto!...

Como la manía de que los quites ha de hacerlos el matador. También voto en contra con Ricardo. ¡Cuánto mejor sería que los picadores llevasen en la faja un capote de brega y se hicieran el quite ellos mismos! Y en caso de apuro, podía encargarse del coleo un miembro de su familia. Todo menos marearnos a los espadas que salimos a la plaza para algo más trascendental que eso.

—¿Qué matador después de V., consuma la suerte con mayor destreza?

—Guillén. Es un muchacho que llegará. Yo le empujo.

—¿Cuál es el mejor picador?

—Para mi gusto, *Penetre*, no sólo por su manifiesta esbeltez a caballo y el estilo clásicamente griego de su opalanda, si no porque donde pone el ojo pone la pica. Después de *Penetre*, el indiscutible es un

cochero de Guernica. Es una pena que asuste a los toros con la voz cuando quiere alegrarlos. Ni uno se le ha acercado todavía en virtud del procedimiento, pero estoy seguro de que pica bien. Nos lo tiene asegurado en el café muchas tardes.

—¿Le gustan a usted las navarras?

—Y las de Cuenca, ¡mira éste!

—¿Ha toreado usted de frente por detrás?

—En cuanto haya un guapo que me explique eso, lo hago. ¡De frente por detrás! Eso no es una suerte de toreo, eso es una voz de mando. ¡Pelotón!... ¡De frente!... ¡Por detrás!..... ¡Mar! Un, do, un, do, ep, aro..... ¡alto!

—Entiende usted de milicia, por lo que veo. ¿De qué no entenderá usted maestro adorable?

—He sido sargento del batallón infantil de la Casa de Misericordia.

Y el diestro me enseñó las cicatrices con orgullo.

—¿Qué opina usted del pase de la muerte?

—Como antiespasmódico no me parece mal. O si el diestro se propone, al ejecutarlo, transtornar a las niñeras. Yo le respondo a usted que de eso no se muere ni medio. Palabra de honor.

—¿Cree usted que es poco el tiempo que se concede al espada entre aviso y aviso?

—¡Y me lo pregunta usted a mí que tuve que hacer de cabestro en Villarcayo para echarle un toro al corral al *Fatigas!*

—¿Y de las revoleras, molinetes, flinflanes y demás descoyuntamientos caderiles?

—Haga usted el favor de apartarse a un lado que voy a espectorar.

Lo hizo como lo dijo, y creí que la tierra, al abrirse, nos tragaba a los dos. ¡Menudo agujero abrió el amigo!

—¿Tiene usted preferencia por algún pelo determinado?

—Opto por los jaboneros sucios. Llevan en sí un espíritu de rebeldía, que es un aliciente para la lucha. Un jabonero claro, un jabonero limpio, ¿qué mérito tiene?

—¿Qué le parece a usted más hermoso del toro? ¿La cabeza gallarda, altiva, que pide pelea, la línea correcta del lomo o las patas finas, nerviosas, inquietas?

—El solomillo con el mayor número posible de patatas.

—¿Tiene usted alguna superstición? ¿Le molesta a usted que le nombren la bicha, que se vierta el salero, que hagan girar una silla de regilla? Algo he oído de una cuchara de palo que lleva usted siempre debajo de la montera, a guisa de amuleto.

—Pero no es por superstición. Es por si hay cocido a la salida. Solo me atemorizó algo el monstruo de Ceberio, pero se me pasó enseguida.

—Dice la leyenda que es usted hombre de natural enamoradizo y rijoso. ¿Qué hay de eso, si no es indiscreción?

—¡Tonterías!—replicó el diestro poniéndose colorado como una doncella. Ganas de murmurar de las gentes. Y todo porque una vez le dije a una cocinera: «¡Que bien peinada va usted, Filo!». Bien sabe Dios que lo hice pensando más que en la dama, en las ciruelas claudias que llevaba en la cesta. Pues de ahí han sacado una porción de historias. Siete orquestas de ciegos han venido a tocarme el *Conde de Luxemburgo*, a la boca del tubo, en señal de regocijo por mi próxima boda. ¡Un martirio! Generalmente nuestras aventuras amorosas no pasan de eso; de decirle á una cocinera que va bien peinada. Luego, en el café ya es otra cosa; lo del picador de Guernica. Créame usted señor *Desperdicios*. Más de la mitad de las cartas con que los toreros solteros se dan aires de Mejías, y no es alusión a mi querido amigo *Bienvenida*, se las escribe el mozo de estoques con falsilla. ¡Poco que me chocaba a mi que todas las novias que tuvo *Machaquito*

antes de casarse, empezasen: «Mi *cerido* Rafael» ¡Ni una por casualidad lo escribía con q. Hasta que me enteré de que era su hermano el amanuense. Me tuvieron que dar azahar.

—¿Tiene usted predilección por algún *sport*? ¿Patines? ¿Caza? ¿Automovilismo?

—Me gusta regatear.

—¿A mar libre, o dentro de puerto?

—En las tiendas de comestibles.

—¡Ingeniosísimo maestro! ¿Le molestará a usted que me ría?

—No señor.

—Pues con su permiso, ja, ja, ja, ja. Ya está. Continuemos, que el público espera con impaciencia estas emocionantes declaraciones de usted. Volvamos a nuestros toros. Opina *Gallito* en su libro, que el presidente no debe ordenar el cambio de suerte. ¿Tiene usted opinión cerrada sobre esto?

—La misma de *Gallito*, con la única diferencia, que aceptado el caso no deben presidir los presidentes sino las vendedoras de agua de limón. Para ellas no significaría ninguna molestia agitar la servilleta que llevan al hombro en cuanto al primer parroquiano le pareciese oportuno pasar a banderillas.

—No sé si es en el libro de *Gallo*, en el

de *Bomba*, en el de *Lecumberri*, en el de *Vista-Alegre*, en el de *Cochero*, o en algún otro de los mil que han ganado la victoria de redimir a la literatura taurina de la opresión de las columnas periodísticas, para llevarla al puesto de honor de las bibliotecas, no se en cual de ellos, repito, porque me he hecho un taco de tanto leerlos, se pide la substitución del brindis, por una ceremoniosa inclinación de cabeza. ¿Qué juicio le merece esta trasformación?

—Deploradísimo. Creo que se debe suprimir el brindis oral y substituirle por un oficio en papel de peseta. Al presidente no le cuesta nada llevar un carrete de hilo negro, colocar un anzuelo en un extremo, arrojarlo a la plaza y esperar a que el matador enganche el oficio. Luego podía leerlo con el auxilio de una bocina y así no se realizaría la insufrible injusticia, de que solo unos cuantos privilegiados de la fortuna puedan oír cosa de tan extraordinaria importancia. Nada de inclinaciones ceremoniosas.

Y el diestro se echó mano a los costurones del hueso dulce y por su imaginación volcánica debió pasar con la celeridad del rayo, el recuerdo del imperdible de Zaragoza.

Un formidable apretón de manos y la promesa de que desde entonces nos llamaríamos de tu, dió fin a la inolvidable entrevista y selló para siempre una amistad sincera, honda, invulnerable a las asechanzas de la pasión y de la envidia que son cohorte obligada de toreros y aficionados, entre el maestro de los maestros, el ciudadano probo, el hijo amante, el compañero sin igual, y el más humilde de los revisteros de toros.

Desde aquella fecha que escribí con lapiz en las paredes de mi cuarto, brilla en lo más alto de una de ellas el retrato del artista. Sí; del artista. Aunque se rían los necios, y protesten los *inteligentes*, y murmuren de mí los compañeros. Porque arte sutil es el suyo purificado en el crisol del heroísmo; porque es arte su sonrisa, y es arte cada pliegue de su capote, y arte excelso, sin segundo, aquella su soberana manera de volar por los aires y de caer dando botes con la panza sobre la arena ardiente del combate, que arranca a las gargantas femeninas alaridos de dolor, y á las manos de los hombres aplausos que son tormentas de entusiasmo y vendavales desencadenados de fiereza.

¡Los aplausos! He ahí el único amuleto, el único fetiche, la superstición única del

torero, que le hace olvidar hogar, amistades, dorados sueños de una vida plácida en una casita blanca (es el único color que se tolera en las casas de los toreros) en medio de olivares y naranjos recorridos por él al trote vanidoso de una jaca torda, para entregar su vida por el público.

¡Y luego hablarán de la cuchara de palo!



CAPÍTULO IX

¡¡19 DE OCTUBRE DE 1913!!

¡Fecha gloriosa, inolvidable, la que más hondas emociones ha producido en mi espíritu!

Mientras *Bomba*, el mejor de nuestros toreros se despedía en triunfo del público de Madrid, a la misma hora, mi biografiado quedaba consagrado como matador estupendo en la plaza de Bilbao.

Hé aquí, para eterno recuerdo de este día memorable, la reseña que de su glorificación ante el público más inteligente de España escribí en *La Gaceta del Norte* del 20 del citado mes:

LA CORRIDA DE AYER

«BOTINES» FENÓMENO

He pasado una semana de amarguras.

Desde el Comité liberal que ejerció sobre las autoridades una presión intolerable, hasta mis queridos colegas en crónicas taurinas, todos, han hecho de mi diestro favorito motivo de befa y escarnio.

¡Cuánto hemos llorado *Botines* y yo en estas horas de angustia y de dolor!... ¡Cómo hemos temblado ante la ira desatada de los revisteros que pedían a gritos que *Botines* el monstruo, el férreo, el épico, fuese sustituido por un sacapotras vulgar y adocenado!...

Treinta años pensando en el día de la reivindicación, se iban a estrellar contra el bloque de los incrédulos, los envidiosos, los acreditados «chicos de casa», verdaderas calamidades con taleguilla, y el Comité liberal, que ni siquiera tiene prenda de esta importancia.

Pero al fin todo fué vencido, y el esplendoroso sol de la justicia brilló radiante, hermoso, en lo alto del firmamento.

Botines, el magnánimo, el griego, el artista, el bravo, el torero cumbre, vestiría el traje de oro, levantaría al público en vilo con las proezas inimitables de su arremangado brazo, desharía de un zarpazo la leyenda miserable que a su alrededor forjó la falta de percebes taurinos que le persigue y la VERDAD triunfadora, redimida, sonriente de júbilo, diría al mundo que la raza esforzada de los campeones de la noble lucha no se acaba.

Sólo necesito hoy ultimar un detalle para que mi dicha no sea empañada.

Casar a *Botines*.

¡Hay que perpetuar la dinastía que ayer, en plena plaza, ante catorce mil espectadores, ébrios de entusiasmo, se coronó de gloria!

¡Chicas, animarse!... ¡Menudo partido!

•BOTINES• EN LA PLAZA

¡Helo ahí en la barrera!

¿Es un fresco o un agua fuerte de Goya? No lo sé. Dudo. Más me inclino a creer que es un fresco.

Y si él pudiese dar su opinión, seguramente coincidiría con la mía.

¡Todo menos agua, por fuerte que sea! Es un programa de gobierno tan respetable como el de Gasset.

La gentileza de su línea ha sido envuelta, con pródiga mano, en las aberraciones de un traje absurdo, de cañamazo azul bordado en oro.

Media vara de tela le sobra por detrás. ¡No importa! La industria del lidiador ha suplido el exceso, rellenando con trapos, virutas y estopa aquel saco flácido, desmayado.

Entornando un poco los ojos, el luchador es un *Zeppelin L. 43*, reposando en el hangar. Luego volará.

Fiel a la tradición, conocida de los lectores de sus *Memorias* que empecé a publicar en *Helios* y he de terminar en el libro *¡Anda la órdiga! Botines* suprimió las medias y se pintó las piernas con carmín.

La montera poliedral; el trozo de camisa simulando el pañuelo; los chanclos de goma con hebilla, como un paje de Luis XIV; nada, nada le ha faltado.

¡AL TORO!

Cuando la bélica trompeta ha anunciado que la fiera está pronta al combate, una sacudida de terror ha conmovido la plaza.

Botines, con esa sonrisa de ángel, que ha dado al traste con la de *Bombita*, ha llevado la tranquilidad a todos los corazones.

—¡No tembleis mi noble escudero!—le ha dicho a Guillén, que ha venido a la plaza en calidad de institutriz del diestro vestido de guacamayo.

Y el diestro ha partido raudo, veloz, al puesto de combate.

¡Ya está el toro en la arena!... ¡Ya avanza rápido, feroz, con la pupila encendida, las afiladas astas anunciando desolaciones!... De pronto se para. Mira asombrado a un bulto que, agazapado, escondiéndose tras la capa, y mirándole por un agugerito que ha hecho en medio, como miran los cómicos por el del telón, antes de alzarse, avanza sigiloso de puntillas.

El toro no se mueve. Al bulto se le ha caído la capa y se ha vuelto volando a la barrera.

¡Imaginaos la escena! El toro le ha visto el relleno del pantalón y ha soltado una carcajada irreverente, despreciativa, que me ha helado la sangre en las venas.

Ha sido la señal de una lucha fiera, despiadada, sin cuartel.

Botines no ha tolerado la afrenta, y, gallardo, esbelto, ofreciendo su vida a los dioses, ha comenzado la faena de los siglos presentes y futuros.

Y cada verónica, cada reboleña artificial, cada farol con mechero Aüer, ha

provocado una explosión de vítores y aplausos.

¡Qué lástima la equivocación del coleo!

Es imperdonable en lidiador de tan positiva importancia confundir lastimosamente la cola del caballo con la del toro y estarse media hora agarrado a la del alazán creyendo que así salvaba la vida de un hombre.

Y puestos a señalar defectos, hemos de aconsejar al diestro que huya de doblar el capote como las servilletas de postre.

Eso quita esbeltez a la verónica y echa a perder los capotes.

Si no le cuesta mucho hacerles un dobladillo se lo agradeceremos todos, porque lo que es los de ayer tenían más flecos que un mantón de Manila.

A ellos, a los flecos, que se le enredaron en las piernas, fué debida la cogida frente al 6.

Por cierto que el público creyó, al ver unas manchas rojas en la camisa del diestro, que estaba herido, y comenzó a decir despavorido:

¡Sangre!... ¡Sangre!...

El diestro, con esa bondad de alma que le caracteriza, tranquilizó a todos diciendo:

—¡Es clarete y un poco de Rioja!

«BOTINES» MATADOR

Si el artista triunfó, el matador escribió ayer una gloriosa página.

¡Qué emocionante momento el del brindis! Hubo que sacarle la montera con forceps.

Y después de brindar, la epopeya.

Tocan las bandas; se pone en pie el pueblo soberano; de palcos y andanadas cae sobre la cabeza del lidiador, una cabeza de atleta, que entra a rosca en los hombros, una lluvia de rosas y claveles, de margaritas y alelíos; agitan las damas sus pañuelos, saludando al gladiador augusto; rasgan el espacio cohetes y bombas de palenque; en lo alto de la galería, los *botinistas* dan rienda suelta a su entusiasmo, colgando carteles, en que se lee: «¡Gloria a tí!...» «¡La tertulia *El refajo vaporoso* saluda al sustituto de *Bombita!*...»

Y a todo esto el diestro ensaya una nueva suerte de matar.

La suerte del choque de mercancías.

Avanzan el toro y el torero a la vez; se alcanzan a toda marcha. El choque es formidable. Las dos locomotoras quedan empotradas. Entonces el lidiador se aprovecha y mete el estoque hasta los gavilanes.

Lo único desagradable de la nueva suerte es el ruido.

Sea por exceso de gases o porque *Botines* tiene la piel de bombo de regimiento, el caso es que, al pegar el testuz en el estómago, se siente un ruido como de tormenta que se avecina.

¡Y luego si Guillén estuviese callado, menos mal! Pero a cada momento salía del callejón un ¡ay! desgarrador que nos partía el alma. Era Guillén que sufría.

Tres medias atracándose de toro, pero atracándose de verdad, bastaron.

Como única observación en este tercio he de permitirme hacer una importante al maestro.

No hay necesidad de dar saliva al estoque.

Pero una vez decidido a ello, se da en la punta y no en la empuñadura, como con gran espanto del pío espectador, hizo *Botines*.

¡Como que creímos que iba a matar al revés! Cogiendo el estoque por la punta.

Lo que tampoco es correcto, aunque se sale de la esfera del arte, es limpiarse las narices en medio del redondel con el capote.

Eso se hace disimuladamente, apoyando la cara en el hombro de un compañero.

APOTEOSIS

El heroísmo tiene premio.

Se le dió la oreja; se le sacó en hombros;
se le paseó en triunfo por las calles.

Los restos, muy escasos por cierto, se
depositaron anoche en la taberna de Pa-
tricio.



FE DE ERRATAS

Probablemente habrá en este libro una barbaridad de erratas. No lo sé. Ni me importa nada que donde diga *haiga* deba decir *haya*.

Lo único que me ha interesado al escribir estos apuntes es venderlos.

En esto están conformes todos los autores.

IDIOMAS

Clases particulares y colectivas de

**ALEMÁN, FRANCÉS,
INGLÉS, ESPAÑOL**



Clases generales nocturnas á 5, 10

- - - y 15 pesetas al mes - - -



CADA PROFESOR ENSEÑA

- SU LENGUA MATERNA -



THE PRACTICAL SCHOOL

::: OF LANGUAGES :::

11, IBAÑEZ DE BILBAO, 11

MUEBLES FINOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS
- - - - GARANTIZADO SU RESULTADO - - - -

ACEDO Y MENDAZA

Portal de Zamudio, núm. 4

entrada por la Ronda (frente á San Juan)

TELÉFONO 1.595

BILBAO

¡¡USTED NO DUERME BIEN!!

¿POR QUÉ?

Por que no le ha encargado los colchones de
muelle á FRANCISCO GARRIDO

¿QUE QUIEN ES GARRIDO?

El mejor tapicero de Bilbao, el que hace unas
sillas que si se sienta V. no se levanta en un
año, el que vende, á precios económicos, colga-
duras, fundas para muebles, cuanto V. necesite
para tener una casa deliciosa.

ESPECIALIDAD EN ESTILO INGLÉS

. . .

Calle Nueva, 1.—BILBAO

La Editorial Vizcaína

HENAO, N.º 8.—BILBAO.—TELÉFONO 189

. . .

MEMORIAS - OBRAS - FOLLETOS - REGLAMENTOS

::::: TRABAJOS PARA EL COMERCIO ::::::

ENCUADERNACIONES SENCILLAS Y DE LUJO

LA BELGA

: Almacenes de papeles pintados :

----- de las -----

: principales fábricas extranjeras :

. . .

PAPEL GLACIER para cristales

. .

CAMEOID o LINCRUSTA

. .

BROCATINE imitación a seda

. . .

Pidan muestrarios con el anuncio de la casa

FUEROS (esquina Ascao) BILBAO

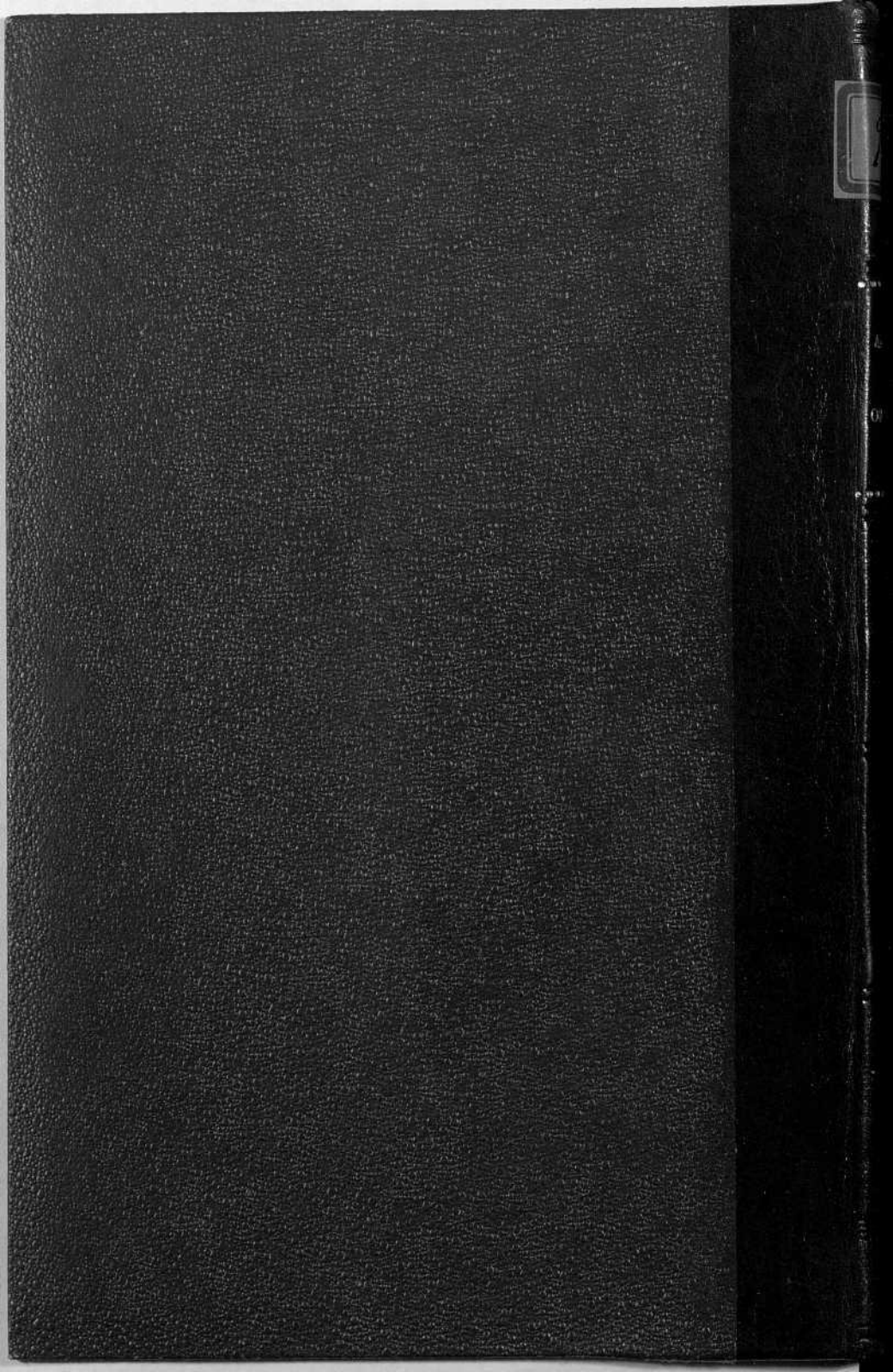
Teléfono 846

NOTA IMPORTANTE.—El lujoso traje de luces que el popular diestro BOTINES lució en la corrida del 19 de Octubre, era de BROCATINE imitación a seda y no de papel GLACIER como dijeron algunos revisteros, confundiendo lastimosamente el terno con el temperamento. Este sí que es completamente GLACIER.

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

	Pesetas
Número. <u>96</u>	Precio de la obra..... ..
Estante . <u>1</u>	Precio de adquisición.. ..
Tabla... <u>3</u>	Valoración actual..... ..
Número de tomas.	



96.

AMIDA
LA

OWBIGA